

SERMÓN DE LA SOLEDAD, 2020. SAN VICENTE

Llegó la Hora Suprema, la hora nona del Viernes. La Vida está muriendo en la Cruz, en un silencio atravesado por aquel diálogo último del Señor con el Padre Dios, en petición de perdón de los que lo habían maltratado cruelmente y el grito desgarrador de Dios a Dios: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*” Hasta ese punto, Jesús quiso solidarizarse con nuestra pobre condición humana: todos los abandonos, las oscuridades, los extravíos, las soledades y los miedos estaban implícitos en ese lamento que el propio Jesús había experimentado al ser abandonado por sus amigos y del populacho tan cambiante y desagradecido que el Domingo de los Ramos aclamaba al Hijo de David y ahora, sediento de sangre, gritaban “*Crucifícalo*”, cubriendo al Señor de insultos y salivazos. Ahora, este populacho, se ha olvidado de los trágicos acontecimientos, ha vuelto a sus cosas y a preparar la fiesta de la Pascua.

Un gran silencio envuelve la tierra y una gran soledad. El Rey duerme: “*Dios ha muerto y nosotros le dimos muerte*”.

Pero en aquél silencio, está una mujer que guarda en su corazón la angustia inmensa de todas las penas. Está sola, la han matado al Hijo. María, la Virgen de la Soledad no pudo dejar de estar en aquellas horas. María está allí, en ese Vía Crucis tan especial.

La soledad de María es la soledad de muchas madres de hoy que han perdido a sus hijos en la guerra, asesinados o víctimas de la droga. De las mujeres que han sido abandonadas, maltratadas física o psicológicamente. Sin embargo, a ejemplo de María, nosotras no podemos quedarnos en tristezas y soledades, sino que debemos ser valientes para caminar en la profundidad del dolor y con la esperanza de salir victoriosas. La vida es demasiado corta para malgastarla en depresiones y soledades. El mundo nos necesita fuertes, perseverantes y llenas de optimismo.

Si María no hubiese comprendido los designios de Dios y no hubiese sido lo suficientemente fuerte para levantarse después de su dolor y ver la gloria de su Hijo resucitado: ¿Quién habría dado fuerza a los apóstoles para continuar? De ahí radica la importancia de la mujer en la Iglesia y en la sociedad. Ella no sucumbió a su dolor: Bien habría podido decir. “...no confío en vosotros, apóstoles, pues me dejasteis sola con mi Hijo al pie de la Cruz...” Pero Ella comprendió su miedo y los llenó de valor, los impulsó para que siguieran adelante, pues tenía la fuerza del Espíritu. Y de esta manera, María sigue acompañándonos, llenándonos de valor. Es nuestra estrella de evangelización. Es nuestra Madre, a la que podemos acudir en momentos de desesperación. Ella siempre nos escucha, nos da fuerza para seguir nuestra peregrinación por

este mundo y camina con nosotros. No nos deja desfallecer. Ella es el rostro maternal de la Iglesia.

LA VOCE DI MARIA. CANCIÓN.

Desde Cáritas constatamos que la soledad debe de ser considerada como problema social por su envergadura cuantitativa y carácter estructural. No se trata de casos aislados, ni de situaciones coyunturales. De acuerdo con las Ciencias Sociales, podemos definir la soledad como ausencia, escasez o limitación de un bien que no solo tiene un valor en sí mismo, sino que afecta indirectamente a otros como la salud, la seguridad o la subsistencia material.

Dos son los colectivos principal y especialmente afectados por la soledad: las personas mayores y los migrantes:

Nosotros tenemos una gran responsabilidad en estar creando una sociedad tan individualista que arrincona a nuestros mayores y menosprecia a las personas frágiles y/o dependientes. Estamos acostumbrados a exigir derechos y no deberes, a pedir en lugar de dar; es decir, a pensar en nosotros mismos en lugar de en los demás. No miramos al vecino que sufre o se siente solo. Priman las relaciones de interés o esporádicas frente al compromiso.

Muchos de nuestros mayores quedan aislados en un piso sin ascensor, con una pensión que apenas llega para pagar la calefacción, con la única compañía de sus recuerdos y de sus achaques. Las historias de soledad de nuestros mayores escuecen en una sociedad que marcha demasiado deprisa, sin tiempo de ocuparnos unos de otros.

Sin embargo, los datos demuestran que nuestros mayores no son un residuo social, sino más bien su sustento. En muchos hogares la pensión de los abuelos se convirtió en la última barrera contra la exclusión en los años más duros de la crisis económica. Y siguen siendo muchos abuelos, parte fundamental en el cuidado de sus nietos, incluso, de otros ancianos.

Las frases del papa contra la cultura del descarte resuenan con ímpetu ante esta impunidad de quienes no son sensibles a las necesidades de cuidado y cariño a esta generación y descubrir que: "SON LAS RAÍCES Y LA MEMORIA DE UN PUEBLO". "LOS MAYORES SON UN TESORO, SON LA SABIDURÍA Y UN PATRIMONIO DE NUESTRAS COMUNIDADES". Los ancianos somos nosotros o lo vamos a ser inevitablemente, aunque no lo pensemos. Y si no aprendemos a tratar bien a nuestros mayores, así nos tratarán a nosotros.

ORACIÓN

A ti Dios mío elevo mi oración, por todos los que se sienten agobiados por el peso de los años, tu amorosa presencia permitió que se prolongarán sus días en la tierra.

ahuyenta los fantasmas de la soledad, del abandono y del desprecio.

Rodéallos de amparo y calor humano en su diario vivir para que puedan mantener un ánimo bien dispuesto, abierto y feliz.

Recompensa la disposición que demostraron, con la bendición de aquella paz que viene de ti y supera todas las limitaciones de la vejez.

“No juzguéis al migrante por ser migrante. Hablad con nosotros, dirigírnos la palabra”.

A lo largo de la historia, ha habido personas que han tenido que dejar sus países por diversos motivos, viviendo en situaciones de gran soledad y precariedad, lejos de su tierra, cultura y, sobre todo, de sus seres queridos. El caso más dramático es el de los padres que han tenido que dejar a sus hijos pequeños en sus países de origen, una separación emocionalmente devastadora. Lamentablemente, en nuestra sociedad hay toda una ingeniería legal que dificulta o impide la reagrupación familiar, violando no solo los derechos humanos, sino los más elementales rasgos de humanidad.

Jesús fue migrante, los cristianos también lo somos. Cristo se identifica con nosotros y nos comprende. Como sus seguidores, debemos imitar su ejemplo y aprender de Él, mostrando compasión por aquellos que vienen de otros países, asumiendo que nosotros también somos peregrinos.

El papa Francisco ha hablado de una cultura del encuentro, para vencer la cultura de la indiferencia. Esto significa tender la mano, construir amistades más allá de nuestro círculo y conocer a la gente de las periferias, a los más pobres y vulnerables, a los inmigrantes y refugiados. Aprender a construir puentes y no separaciones. En suma, la cultura del encuentro que abraza a todos los hombres, tradiciones, movimientos culturales y sociales, para vivir como una sola familia humana.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Cuando sientas la soledad y pienses que nadie te quiere; cuando a tu sufrir te digan ridículas palabras de consuelo; cuando el dolor golpee con su absurdo; cuando no entiendas nada y corras riesgo de enloquecer y desesperar; cuando creas que Dios te ha abandonado y sientas la tentación de la rebeldía... piensa en María, tu Madre, Nuestra Señora de la Soledad, para que enjague las lágrimas de tu llanto y el de la humanidad herida: de las víctimas de los terrorismos y fanatismos, de los afectados por las crisis como de la actual pandemia del coronavirus, tales como los enfermos, por aquellos que han perdido un ser querido por esta causa, por los que sufren la soledad y por las dificultades de convivencia y económicas que atraviesan algunas familias en estos momentos de confinamiento. No olvidamos también el llanto de las madres que han perdido un hijo, de las mujeres maltratadas y explotadas laboral y sexualmente, el de nuestra patria y el de nuestro mundo que tantas veces va a la deriva. Y, finalmente, el llanto de nuestra Iglesia, apesadumbrada por inadmisibles errores de algunos de sus ministros y zaherida por las campañas malintencionadas contra el papa o el ministerio sacerdotal o religioso.

ORACIÓN DEL PAPA FRANCISCO ANTE LA PANDEMIA

Oh María, Tú resplandeces siempre en nuestro camino como signo de salvación y de esperanza. Nosotros nos confiamos a ti, Salud de los enfermos, que bajo la cruz estuviste asociada al dolor de Jesús, manteniendo firme tu fe.

Tú, Salvación del pueblo, sabes de qué tenemos necesidad y estamos seguros que proveerás, para que, como en Caná de Galilea, pueda volver la alegría y la fiesta después de este momento de prueba.

Ayúdanos, Madre del Divino Amor, a conformarnos a la voluntad del Padre y a hacer lo que nos dirá Jesús, quién ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos y ha cargado nuestros dolores para conducirnos, a través de la cruz, a la alegría de la resurrección.

Bajo tu protección buscamos refugio, Santa Madre de Dios. No desprecies nuestras súplicas que estamos en la prueba y libéranos de todo pecado, o Virgen gloriosa y bendita”.

.....

El papa Francisco impartió el viernes 27 de marzo de 2020, una histórica bendición "*Urbi et Orbi*" en soledad, desde una plaza de San Pedro del Vaticano totalmente vacía como consecuencia de la emergencia del coronavirus.

En ella, dedicó unas palabras a los *"médicos, enfermeros, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, ejército, voluntarios, sacerdotes, religiosas"* y a todos aquellos *"que comprendieron que nadie se salva solo"*. Ellos son ejemplo de valentía y generosidad porque *"ante el miedo, han reaccionado dando la propia vida"*. Y también tuvo un recuerdo especial para los *"padres, madres, abuelos y abuelas, docentes"* que enseñan a los niños, *"con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración"*.

Nos unimos a estas palabras de ánimo y consuelo del Santo Padre, con la esperanza y la protección de Nuestra Madre, la Virgen María, Señora de la Soledad.

Cáritas del Casco Histórico de Vitoria-Gasteiz
Viernes Santo, a 10 de abril de 2020